



ENCUENTRO DIOCESANO SACERDOTAL

Salón de Actos del Obispado, 9 de junio 2018

Me alegra mucho contar con vuestra presencia en esta mañana de junio. Habéis acudido a esta cita, destacada dentro de nuestro calendario diocesano, como una familia reunida y convocada por el Espíritu Santo. En verdad, se puede decir que representáis la Iglesia de Dios que peregrina en Orihuela-Alicante. Se siente la fuerza de los laicos que, con vuestra presencia en el corazón del mundo, sois el fermento de la «civilización del amor» en nuestra tierra y en nuestros pueblos. Está también la vida consagrada, don inestimable del Señor resucitado, que es una llamada para todo el pueblo cristiano a la fundamental vocación de cada uno al encuentro con Dios (cf. GS 19). Y estáis asimismo vosotros, hermanos sacerdotes, colaboradores necesarios míos, para la tarea de la evangelización y de la santificación del pueblo cristiano. Todos sois rayos de la única luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia (cf. Vita Consecrata, 16). Él es el verdadero protagonista de nuestra reunión. En su nombre somos convocados, y en su nombre somos enviados.

Precisamente, durante estos cursos, es hacia esa dirección dónde encamina sus pasos nuestra Diócesis: hacia el encuentro con Cristo. En ese objetivo suena, como en un eco lejano, la llamada que nos hacía el Papa San Juan Pablo II, al inicio del tercer milenio, señalando los caminos que tenía que recorrer la Iglesia. Decía: «el programa ya existe. Es de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición. Se centra, en definitiva, en Cristo, al que hay que conocer, amar e imitar» (Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 29). Unas palabras que, ahora, resuenan mucho más cercanas, en la exhortación del Papa Francisco, cuando nos invita a renovar, «en cualquier lugar y situación en que se encuentre cada cristiano, su encuentro personal con Jesucristo» (*Evangelii Gaudium*, 3).

Nuestro actual Plan Diocesano de Pastoral está al servicio de favorecer y propiciar este encuentro con Cristo. Sin ello no es posible evangelizar. «Lo que hemos visto y oído, es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). Es, precisamente, hacia ese encuentro con Cristo al que nos invitaba el Año de la Misericordia, hace ya tres cursos. Un encuentro que nosotros proseguíamos, hace ya dos años, camino hacia Emaús (cf. Lc 24, 13-25). Durante el mismo pudimos percibir la presencia del Resucitado que, como peregrino, andaba a nuestro lado, explicándonos las Escrituras y partiendo el pan. Junto a Él aprendimos cómo acompañar los procesos de fe, y los lugares en los que Él sale a nuestro encuentro. Una metodología ésta, la del acompañamiento, imprescindible en la vida de la Iglesia actual, como ha puesto de relieve el Papa Francisco, al llamar a todos a una «conversión pastoral», acorde con el anuncio del Evangelio al hombre y la mujer de hoy.

Esta conversión, que mira sobre todo a la renovación del sujeto, del evangelizador, nos ha conducido, el pasado curso, a transformar nuestra mente, tal como pedía san Pablo, en otro tiempo: «transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios» (Rm 12,2). En medio de un mundo confuso por las ideologías dominantes y un pensamiento «débil», el cristiano actual ha de saber de nuevo, discernir desde los criterios de Jesús, actuar y «dar razones de su fe» (1 Pe 3,15).

A lo largo del curso, son muchas las iniciativas que nos han ayudado a «abrir nuestra mente al misterio de Cristo» (cf. Optatam totius, 14). A través de la meditación del diálogo de Jesús con Nicodemo (cf. Jn 3,3-12) hemos tenido abundante materia para avanzar en esta conversión que, como un nuevo nacimiento, nos proponía Jesús para abandonar, al igual que Nicodemo, ese fariseísmo narcisista que nos encierra en nuestras propias ideas y en nuestros modos de pensar, y que nos impide creer en el Hijo del Hombre exaltado, por el que Dios tanto amó al mundo.

Asimismo, desde diversos ámbitos diocesanos como, por ejemplo, la Delegación de Enseñanza, con su Congreso Interdiocesano sobre Educación y su Proyecto de Reflexión sobre la tarea educativa de nuestros Colegios, pasando por la misma Comisión para el Diálogo entre la fe y la cultura, que conmemoraba sus quince años de fecundo trabajo, hasta las iniciativas más particulares de parroquias y movimientos apostólicos, todos hemos tomado más conciencia este año del tremendo

desafío que supone para la evangelización la necesidad de suscitar una síntesis crítica entre la fe y la cultura. No podemos olvidar en ese sentido, el Encuentro Diocesano Sacerdotal del pasado mes de mayo, que a la vez que ponía término al período de reflexión sobre nuestra vida y ministerio en las circunstancias actuales, también indicaba un punto de partida para aplicar, en los próximos años, las nuevas sugerencias concretas de trabajo.

Avanzando en esta fecunda senda del encuentro con Cristo, el próximo curso viene repleto también de expectativas. La más importante, continuar fortaleciendo más aspectos concretos de la personalidad creyente, que afectan a la calidad de nuestra fe, como es, concretamente, la dimensión afectiva y los sentimientos humanos. También esta faceta ha sido alcanzada por el misterio de Cristo. Lo decía san Pablo, cuando nos pide imitar y reproducir «los sentimientos de Cristo» (cf. Flp 2,5).

También, en este aspecto, es imprescindible crecer en virtudes cristianas que estimulan la caridad cristiana, como nos describe el apóstol Pablo en su maravilloso himno de primera Corintios: la paciencia, que nos impide reaccionar con agresividad; el servicio, que nos hace ser creativos y activos en el bien; la magnanimidad, que nos hace escapar de toda envidia egoísta; la humildad, que huye de toda vanagloria y arrogancia; el perdón, que lo disculpa todo,... (cf. *Amoris Laetitia*, 89-130). «El hombre —decía ya San Juan Pablo II— no puede vivir sin amor». Sin él, el hombre no se comprendería, su vida estaría privada de sentido, desconocería la «gramática» de la vida.

En un mundo embriagado, en ocasiones, de emociones estimulantes y ensoñaciones placenteras, es necesario, más que nunca, ordenar los afectos en Cristo Señor. «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). El cristianismo sigue siendo, también hoy, la religión del amor. En Jesucristo, Hijo amado del Padre, el amor no es sólo una promesa efímera, evanescente para el hombre, sino que alcanza un realismo inaudito, encarnado, expresado para siempre en su corazón traspasado, interpretación viva y palpitante de la verdad cristiana de que «Dios es amor» (1 Jn 4,8) (cf. *Benedicto XVI, Deus caritas est*, 12).

Por ello, la palabra que mejor expresa lo que supone para el hombre el encuentro con el amor de Cristo, es *Comunión*. Este término traduce, en primer lugar, la experiencia cristiana fundamental de ser

acogidos por Cristo y de vivir, entonces, de su amistad dentro de una relación viva. Esta es, en sustancia, la santidad cristiana. Así la describe maravillosamente el Papa Francisco en su nueva Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate*: «en el fondo la santidad es vivir en unión con Cristo los misterios de su vida» (n. 20). Una comunión que no aísla, sino que nos abre también a los demás, porque el encuentro con Cristo genera relaciones nuevas, de fraternidad. «El evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro... El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura» (*Evangelii Gaudium*, 88).

Nuestra diócesis es una Iglesia trabada desde hace muchos años por el sentido de comunión. Pero si queremos ser fieles al designio de Dios y a las esperanzas del mundo, nuestra diócesis ha de seguir avanzando en esta conciencia, para ser verdadera «casa y escuela de comunión» (*Novo Millennio Ineunte*, 43). Hemos de avanzar en la comunión por fidelidad a la misión. Esta es la lógica que guía siempre el crecimiento de la Iglesia: a más comunión, más misión. Así lo expresa de nuevo el Papa Francisco: «Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior» (*Evangelii Gaudium* 268). ¡Vivamos este año el gozo de la comunión! Recorramos los caminos que nos permitan abrazar mejor a Cristo en cada hombre y mujer que vive a nuestro lado.

Para ello, los organismos pastorales de la diócesis están trabajando ya en varias iniciativas que nos ayudarán a vivir mejor este objetivo pastoral. Entre estas, podemos destacar: la atención a la vitalidad de los instrumentos de comunión en los diversos ámbitos de la diócesis; el nuevo impulso y planteamiento de la caridad en la Pastoral de Enfermos y Mayores; el inicio de la aplicación del nuevo Plan Estratégico de Cáritas; así como el comienzo de la serena revisión de la pastoral de la Iniciación Cristiana, que nos ayudará a comprender mejor su naturaleza y misión, en vistas a mejorar la transmisión de la fe.

Igualmente debemos seguir con el acompañamiento de los grupos de *lectio divina*, presentes en las parroquias y en tantos movimientos e instituciones educativas de las diócesis; así como alentar nuevas iniciativas en el campo de la pastoral educativa, que enriquecerán la labor de este curso, aún presente, dedicado a la pastoral de la cultura;

al igual que la orientación en los programas formativos de los laicos, que les ayude a afianzar su identidad en medio del mundo a través, sobre todo, del estudio de la Doctrina Social de la Iglesia; y muchas otras iniciativas a favor del servicio y la comunión que el Espíritu despierta y seguirá despertando en la tierra fecunda que es nuestra Iglesia diocesana. Todo en el horizonte de un curso que contemplará en el año 2019, además de la culminación del Año Santo Vicentino, la celebración del Año Jubilar de la Santa Faz y la conmemoración de los 450 años de la Universidad Pontificia de Orihuela, que ya estamos preparando.

Os pido que todo lo pongamos ante el Señor, suplicando que sea su Espíritu quien siga iluminando y guiando nuestros planes y nuestro servicio; deseando que María, Madre de la Iglesia, bendiga todas estas inspiraciones, cuyo fruto lo encomendamos también a la intercesión de nuestro Patrón, San Vicente Ferrer en su Año Jubilar.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.